Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 42.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas

EDICION ECONOMICA.

Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.

Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Acerico.—Orla para ropa blanca y vestido de niños.—Dibujo para malla ó crochet.—Registro para libros.—Cuello-corbata.—Presilla de crochet.—Mangas interiores á punto de aguja.—Orla de trenza.—Entredos.—Corbata de tafetan.—Galería de mujeres célebres.—A luengas tierras luengas mentiras.—Explicacion del grabado de modas.—La vírgen de las Lilas.—Estancia en Cádiz de SS. MM. y real familia.—Explicacion del figurin.—Solucion de la charada.

Acerico.

MATERIALES.—Terciopelo verde oscuro; raso del mismo color; 8 hilos de cuentas plateadas huecas; 3 hilos de cuentas de acero del n.° 8; cuentas de cristal de mediano grueso; cinta de hilo de dos tercios de centímetro de ancho; forro, etc.

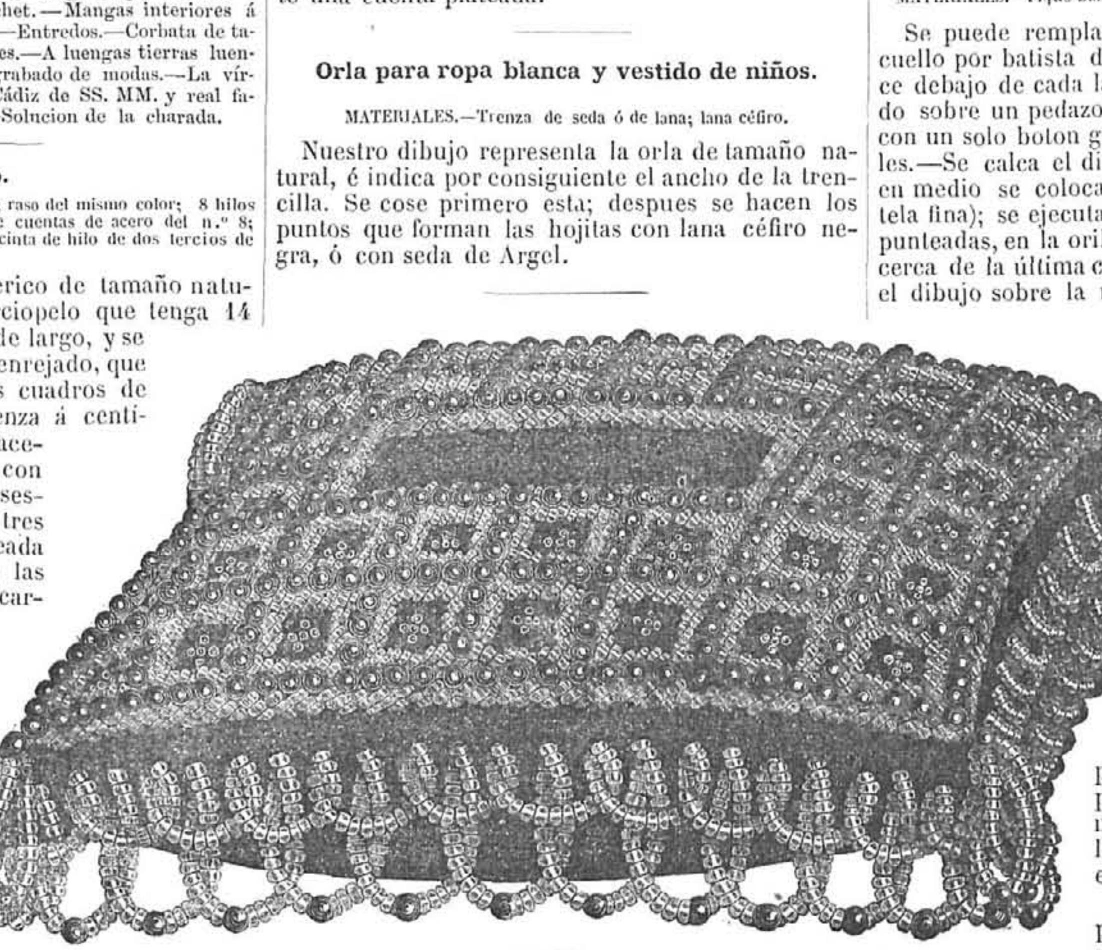
El dibujo representa el acerico de tamaño natural; se toma un pedazo de terciopelo que tenga 14 centímetros de ancho por 18 de largo, y se hace con la cinta de hilo un enrejado, que ha de cubrirse luego con los cuadros de cuentas; este enrejado comienza á centímetro y medio del borde del acerico. Se le cubre enteramente con cuentas, haciendo puntos al sesgo, compuesto cada uno de tres cuentas de cristal, —1 plateada hueca,—y otras 3 de cristal; las cuentas plateadas deben colocarse de modo que estén las unas sobre las otras, y todo ello ha de cubrir exactamente la cinta; los puntos, por tanto, han de estar muy apretados. En el medio de cada cuadro se hace sobre el terciopelo una cruz compuesta de 5 cuentas de cristal.

Se forma un coginete que tenga 16 centímetros de largo por 12 de ancho; se le llena de salvado mezclado con arena fina; se cubre este coginete, que ha de estar bien *relleno, por un lado con el terciopelo bordado,* y por el otro con el pedazo de raso; se le rodea con un fleco de cuentas, compuesto de bucles enlazados, sobre los que cae una fila de bucles sencillos;—los bucles enlazados tienen cada uno 31 cuentas, —la del medio plateada hueca,—las demás de cristal;—*os bucles* sencillos se hacen cada uno con 20 cuentas de cristal. En cada punta se coloca una borla compuesta de 4 bucles, para cada una de las cuales se ensartan 14 cuentas de cristal,—una plateada,—y otras 14 de cristal; la borla tiene por remate una cuenta plateada.

Orla para ropa blanca y vestido de niños.

MATERIALES.—Trenza de seda ó de lana; lana céfiro.

Nuestro dibujo representa la orla de tamaño natural, é indica por consiguiente el ancho de la trencilla. Se cose primero esta; despues se hacen los puntos que forman las hojitas con lana céfiro negra, ó con seda de Argel.



ACERICO.

Dibujo para malla ó crochet.

Este *dibujo* servirá para cortinas grandes ó pequeñas, velos de butaca, cubre-pies, etc.

Registro para libros.

Se hará de papel Bristol, perforado, ó bien de canevas de seda; se le forrará con una tela blanca de seda, y en cada extremo se guarnecerá con un fleco de oro.

Cuello-corbata.

MATERIALES.—Piqué blanco; batista; algodon de bordar del n.° 60.

Se puede remplazar el fondo de piqué de este cuello por batista doble ú otra tela análoga; se hace debajo de cada lado del cuello un ojal, ejecutado sobre un pedazo de tela separada, y se abotona con un solo boton grueso que pasa en los dos ojales.—Se calca el dibujo sobre muselina ó batista, en medio se coloca el fondo del cuello (piqué ó tela fina); se ejecutan primero las dos costuras pespunteadas, en la orilla del fondo, se corta este muy cerca de la última costura pespunteada, y se borda el dibujo sobre la muselina que rodea el fondo.

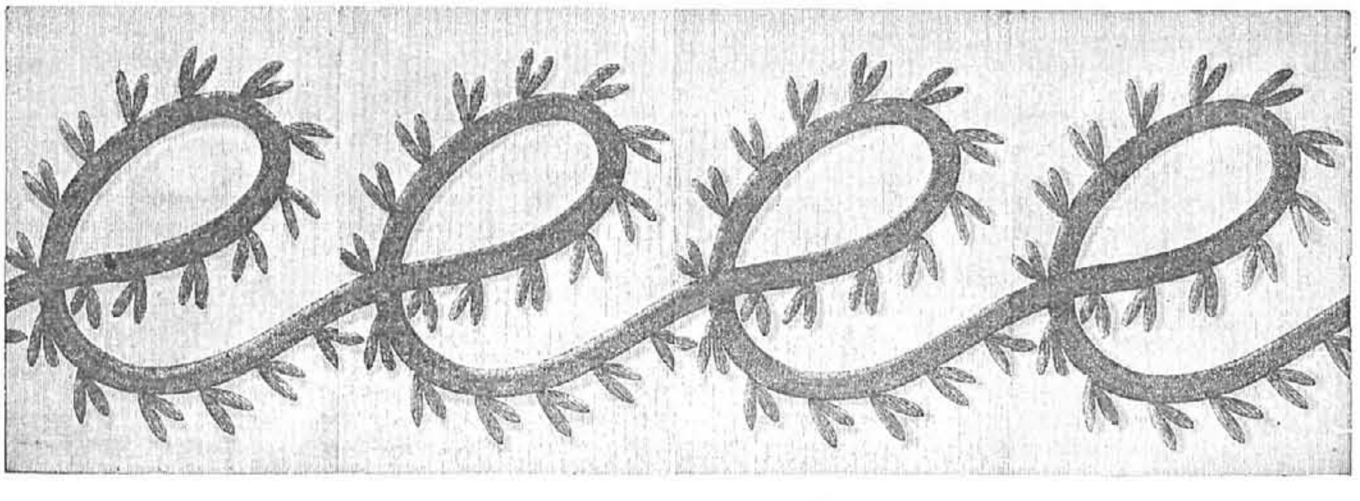
Presilla de crochet.

Esta presilla, que sirve para abrochar chaquetas, paletots, etc., se hará de algodon blanco, si acompaña telas de verano, de torzal de seda para las telas de lana ó de seda. *Representa* dos hojas de trébol iguales, con la diferencia de que á una de ellas se le añade una muletilla ó boton ovalado.

Cada una de las dos partes de la presilla se comienza por el medio; la hoja mayor tiene 6 festones,—las otras dos 5; los tallos se hacen con puntos en el aire.

Se *hace una cadeneta de tres* puntos para la hoja del medio,—se une el último al primero, y se labran algunas vueltas en redondo creciendo siempre el número de puntos. Se trabaja así en espiral hasta que se tenga una redon*dela plana compuesta* de 13 puntos. Se principian los festones pequeños de la vuelta, y se hacen: * 3 puntos en el aire, —otro lo mismo, —y volviendo sobre los 3 puntos en el aire, y se hace sobre cada uno de entre ellos un punto-cadeneta, y en cada uno de los 2 puntos que siguen, pertenecientes á la vuelta anterior, 1 punto-cadeneta, —se vuelve á comenzar 5 veces desde *. Se hace otro punto-cadeneta en el último punto de la vuelta anterior, —despues se rodean los 6 festones con puntos-cade-

© Biblioteca Nacional de España



ORLA PARA ROPA BLANCA Y VESTIDOS DE NIÑOS.

netas, creciendo la punta de cada feston, en la que se hace un punto-cadeneta, despues de haber rodeado los festones, despues 4 ó 5 puntos en el aire para el tallo.

Del *mismo modo* se hacen las otras dos hojas; pero se principian los festones desde que la redondela se compone de 11 puntos, sobre los cuales se colocan 5 festones; cada uno de estos se compone de 2 en vez de 3 puntos en el aire.—Despues de haber hecho las 3 hojas que forman uno de los lados de la presilla, se hace una redondela plana, cuyo contorno exterior se compone de 11 ó 12 puntos, y bajo esta redondela se cosen los 3 tallos de hojas. Añadamos que el lado sobre el que se trabaja es el revés de la presilla.

Mangas interiores á punto de aguja.

MATERIALES.—Algodon torcido del n.º 80 ó 100; algodon de hacer media del n.º 5.

Sirve para niñas y para trages de dentro de casa. Se ejecuta con dos agujas gruesas de acero.

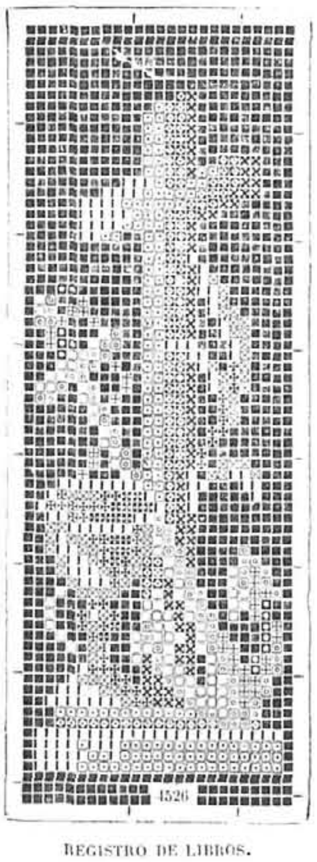
Se arma el número de puntos necesarios para el ancho que se quiere dar á la manga, y se *hace la labor de ida* y vuelta.

1.ª y 2.ª *vuelta.*—Al derecho.

3.ª *vuelta.*—1 punto al derecho; —* 1 echado,—menguado. Vuélvase á comenzar desde * hasta el fin.

4.ª, 5.ª y 6.ª *vuelta.* —Al derecho.

Se vuelve á comenzar dos veces desde la 3.ª á la 6.ª vueltas; en seguida se hacen tres vueltas al derecho con el algodon grueso,—13 vueltas siempre al derecho con algodon *torcido fino*,—3 al derecho con el algodon grueso, que terminan la lista tupida; así se hacen alternativamente una lista calada y otra tupida; la calada está rodeada por uno y otro lado con 3 vueltas hechas con algodon grueso, esta debe terminar la manga, y por ella se pasa una cinta, ó bien una tira de terciopelo negro, para ajustarla y formar el puño.



REGISTRO DE LIBROS.

Explicacion de los signos. ▣Color chocolate claro. ▣El mismo medio color. ✖El mismo oscuro. ▢Amarillo de oro. ▢Amarillo oscuro. ⊞Bronce claro. ▫Idem oscuro. ⊛Gris claro. Gris medio. ' Gris oscuro. Blanco. ▪Azul oscuro.

Orla de trenza.

Se hace, ó con trenza blanca de algodon é hilo blanco, ó con trenza de seda y torzal, segun que se destine á ropa blanca ó á vestido de seda ó lana.—Puede usarse como entredos para ropa interior.

Para hacer esta orla, se trazan sus contornos sobre *un pedazo de papel grueso* y *se cose la trenza* como de costumbre. En medio de los festones formados por ella se hace una rueda con hilo, si la trenza es de algodon, ó de seda si se ha empleado seda. Los dos órdenes de trenza que rodean los festones se reunen por una costura en cruz.

Entredos.

Se hace con nansouk fino, algodon de bordar y algodon torcido. El dibujo indica bien los festones, los ojetes adornados con una rueda y los ojetes abiertos; lo de en medio se hace de *frivolité*, labor que conocen las mas de nuestras lectoras, y que sin embargo explicaremos otro dia.

Corbata de tafetan.

No hay necesidad de dedicar á esta un patron especial, porque solo se diferencia de las demás publicadas aquí en los adornos, pero no en la forma. Se la hace de tafetan de dos colores. Nuestro modelo es *Habana* y negro; los cabos se bordan con cuentas de acero y cuentas negras, y se guarnecen en cada extremos con encage negro. Una roseta de encage negro cubre un alfiler inglés que sujeta la corbata. El largo de esta es de 75 centímetros, su ancho de 4 en el extremo de los cabos: disminuye gradualmente, y no tiene en su mitad sino centímetro y medio. Las dos tiras de tafetan de color diferente que forman la corbata están encontradas en el medio por detrás, esto es, que la tira Habana se cose á la tira negra, y al contrario. El dibujo, que representa una parte del manguito de tamaño natural, indica tambien el bordado en cuentas, que en la tira Habana son negras y en la negra de acero. Cada hojita de las de la guirnalda se hace con tres cuentas que se cosen de una sola vez. Lo mismo se hacen las rosetas; las que son de cuentas negras tienen en el centro una de acero, y al contrario. Los extremos de los cabos se guarnecen con dos órdenes de encage negro ligeramente fruncido de 2 centímetros de ancho. La fila superior se cose con cuentas de acero.

El manguito, como la corbata, se hace de dos colores. El dibujo indica el ancho de cada tira; la de arriba debe tener 1 centímetro y medio de mas para formar la cabeza. El manguito tiene de largo 36 centímetros.

Despues de ejecutado el bordado, se coloca bajo la tira negra y á 1 centímetro del borde, una cinta de tafetan negro, en el medio de ella se hace una costura, y se forman dos jaretas: por estas dos jaretas se pasan dos *cintas elásticas*.

Las puntas se guarnecen con un doble encage negro.

Esta corbata es muy bella, y por tanto, la recomendamos con especialidad á nuestras suscritoras.

GALERIA DE MUJERES CELEBRES.

COLECCION DE LEYENDAS BIOGRAFICAS
ESCRITA
POR LA SEÑORA

D.ª M.ª del Pilar Sinués de Marco.

(Continuacion.)

(Véanse nuestros números 27, 31 y 41.)

V.

Así se pasaron muchos meses: casi un año: ya queda referido en la leyenda anterior, como Ana tuvo la fatal certidumbre de los amores del rey descubriendo el medallon con su retrato que llevaba Juana pendiente de una cadena de oro, y que le dió el rey la noche que la envió á ver á su hija.

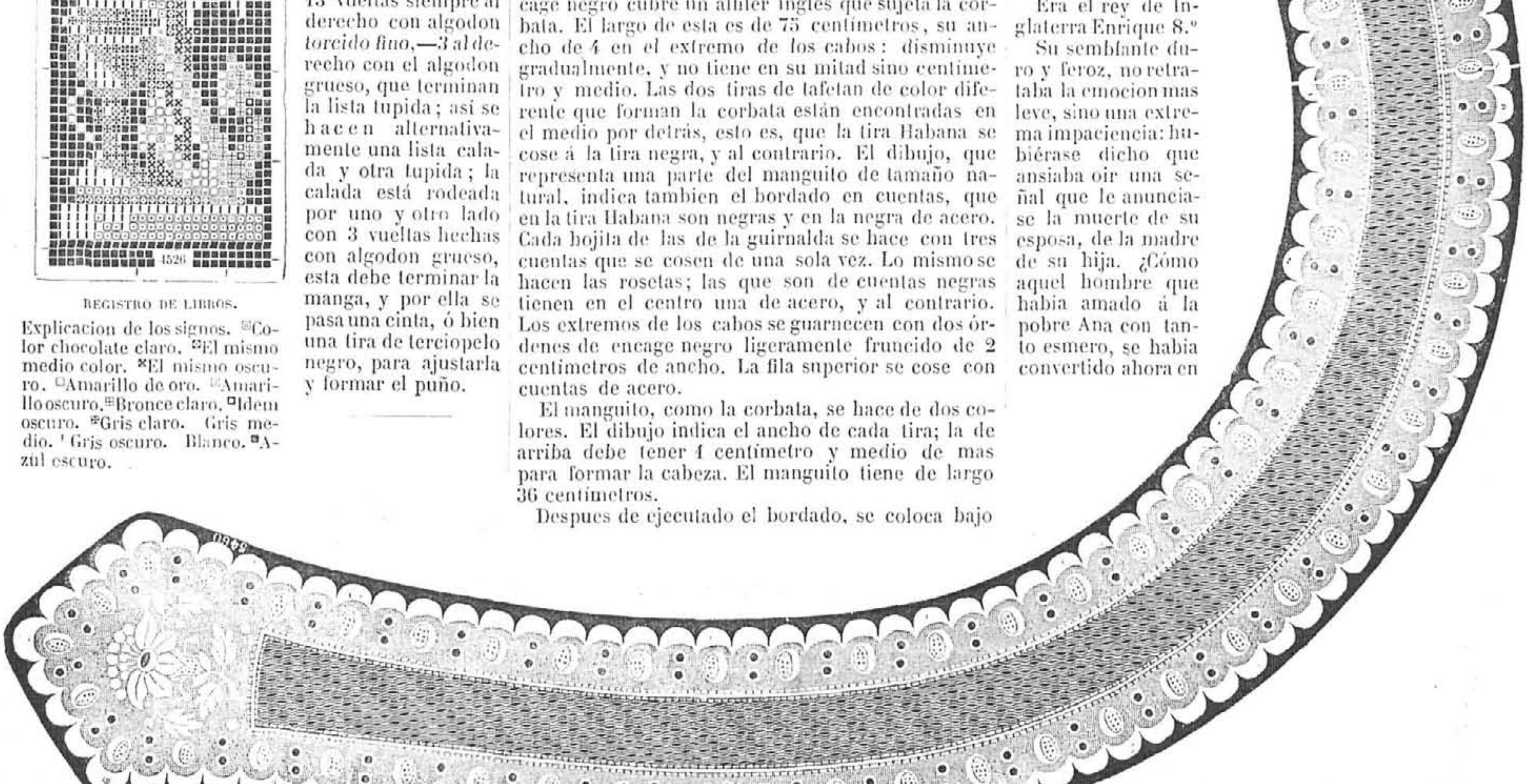
Llegó por fin á su término aquel terrible drama de la vida de Ana Bolena, la reina mas desgraciada que culpable, acabó su vida en el cadalso.

La misma mañana que la cabeza de la reina caia bajo el hacha del verdugo, un grupo de hombres vestidos con trage de caza, y que escuchaban con la mayor atencion el rumor mas leve, se hallaba en el parque de Richmond.

El que parecia el gefe, era de estatura mediana, formas que empezaban á ser obesas, y espesa barba negra.

Era el rey de Inglaterra Enrique 8.º

Su semblante duro y feroz, no retrataba la emocion mas leve, sino una extrema impaciencia: hubiérase dicho que ansiaba oir una señal que le anunciase la muerte de su esposa, de la madre de su hija. ¿Cómo aquel hombre que habia amado á la pobre Ana con tanto esmero, se habia convertido ahora en



CUELLO-CORBATA.

© Biblioteca Nacional de España

tan implacable enemigo suyo?

¡Misterios son estos del corazon que solo Dios pudiera descifrar!

. . . .

Oyóse por fin un cañonazo lejano, y un gozo cruel brilló en las facciones del rey.

—¡A caballo! dijo con voz trémula de impaciencia: todo está ya concluido.

Sus compañeros se extremecieron y todos tomaron á galope el camino del castillo de Walp-Hall, á donde llegaron al acabar el dia.

Todos los criados de él, vestidos de gran gala, se formaron en dos hileras cuando los cazadores entraron por la puerta principal del castillo.

Luego cada uno volvió á sus respectivas ocupaciones con un ardor que indicaba iba á tener lugar allí alguna ceremonia importante.

El rey y los cortesanos subieron al salon, en cuya puerta los recibió lord Seymour.

Poco despues entraron Juana y su hermano, que la traia de la mano. La jóven vestia su acostumbrado trage blanco, y sus rubios cabellos estaban adornados con la corona de azahar de las desposadas.

No habia alegría alguna en el plácido y dulce semblante de Juana: antes bien estaba pálida, agitada, triste: sabia que su elevacion al trono costaba la vida á una mujer esposa y madre: recordaba con terror que tenia ya treinta y tres años, y que su hermosura, su talento y su instruccion, eran muy inferiores á los de la desgraciada que acababa de morir: y entonces aquella corona que veia ya tan cerca, la asustaba, y se preguntaba á sí propia si tendria que cambiarla por la del martirio.

Un obispo protestante bendijo el matrimonio, y al concluir la ceremonia, resonó por tres veces en la capilla esta aclamacion.

¡Viva Juana de Seymour, reina de Inglaterra! El padre y el hermano de la nueva reina, lanzaron un grito de alegría, y el rey un suspiro de descanso y bienestar.

Juana sólo elevó una oracion por el alma de la infeliz Ana Bolena.

Desde la capilla volvieron al salon donde en pié y con faz serena, esperaba á su padre la princesa María.

Iba esta á cumplir entonces los doce años: aunque su estatura era pequeña y se conocia que ya no habia de crecer mas, por lo suelto de sus formas y el carácter grave de toda su figura: estaba mas hermosa que antes, porque sus facciones y el color de sus cabellos habian variado mucho: su trage era rico y estaba cubierto de encages y perlas.

No la acompañaba su aya la condesa de Salisbury: la anciana Margarita se habia quedado en Lóndres á causa de una grave enfermedad y la princesa habia marchado acompañada de algunas damas.

Al verla el rey hizo un ademan de asombro violento y de enojo reprimido.

En su carácter voluble y egoista, todo lo que evocase las tristes sombras del pasado le violentaba y le era odioso.

—Señor, dijo María: hoy ha dejado de vivir la mujer que causó la muerte de mi santa madre, y vengo á daros gracias por vuestra justicia.

—Dádselas á la de Dios, repuso sombríamente Enrique.

—Ya lo he hecho, Sr., dijo la princesa levantando la frente con la altiva magestad que habia heredado de su madre la reina Catalina: ya le he dado gracias porque ha escuchado los ruegos con que dia y noche le he pedido que castigue á esa mujer.

—Dios no oye los ruegos de la venganza, María, dijo el rey cuyo acento se iba haciendo cada vez mas severo, porque su irritacion crecia al ver tanta gente en derredor suyo enterándose de su conversacion con su hija.

María comprendió que su presencia molestaba á su padre, y sobrada altanera para disimular su disgusto en aquella ocasion, contestó con fria amargura:

—Dejemos, señor, de discutir si el cielo ha escuchado ó no mis ruegos implorando su justicia, pues que ya sea por casualidad ó por influencia suya se han cumplido, y permitidme que os diga que no he venido aquí por mi propio gusto, sino para complacer á vuestra nueva esposa, que tan buena ha sido siempre para mí.

—Cómo! dijo el rey. Juana os ha llamado aquí? preguntó el rey que, sin atreverse á manifestar su enojo en aquella ocasion, temblaba no obstante de ira.

—En efecto, señor, repuso la princesa: la reina me ha rogado que viniera.

Juana hizo una seña á los presentes que salieron de la habitacion.

—Señor, dijo luego que se vió sola con el rey y con su hija, aunque su voz temblaba de miedo; yo he rogado á la princesa que viniera, porque hoy debe ser dia de gracia, y porque lo que mas deseo en el mundo es la reconciliacion de las dos personas que mas amo en él.

—Yo no necesito de gracia alguna, señora, repuso la princesa: jamás he faltado á mis deberes; pero ya que decis que hoy es dia de mercedes, pedid á mi padre lo que yo no me atrevo á demandarle porque me lo negaria.

—Y qué es?

—Que revoque V. M. el decreto en que con tanta injusticia como sin razon me declara ilegítima.

La princesa hizo aquella osada demanda, sin vacilar y sin que su voz se trabase en lo mas mínimo.

La altiva, la firme y sagaz esposa de Felipe II de España, la justiciera María Tudor, se revelaba ya en aquella niña de doce años y de figura endeble y casi enfermiza.

—Yo creo que habeis perdido el juicio, María, dijo el rey con una risa sardónica y terrible: ¿quién os ha dicho que podiais imponerme leyes?

—Nadie me lo ha dicho, señor, repuso la princesa, y me extraña que tomeis por una falta de respeto una demanda de justicia.

Pero, añadió la orgullosa niña, no quiero molestar á V. M. en este dichoso dia, ni molestarme yo misma, rogando se me devuelva un rango que no he podido perder, porque ha sido Dios quien me lo ha otorgado y él es el único que me lo puede arrebatar: me consuela, en medio de mi desgracia, que hay otra sentencia posterior á la que se me declara ilegítima declarando bastarda á mi hermana Isabel. La opinion pública me hará algun dia justicia: ahora solo deseo la venia de S. M. para retirarme á mis posesiones de Hert-Foochire.

—Escucha, María, repuso el rey, cediendo á una mirada suplicante de Juana: sois mi hija, y siento que nos separemos con tanta amargura, y que os impongais un destierro voluntario: ved si accedeis á lo que voy á proponeros y consiento en devolveros todos vuestros derechos.

—Hablad, señor.

—Se revocará la sentencia á que os habeis referido, y os devolveré mi cariño, con la precisa condicion de abjurar la religion católica y de abrazar públicamente el protestantismo.

—Jamás! exclamó María con vehemencia. A ese precio, señor, renuncio á vuestro amor y á mis derechos!

—Sea como querais, repuso el rey: os doy el permiso que deseais para marchar á Hert-Foochire; pero tened entendido que allí se educa la princesa Isabel.

—Qué me importa? respondió María con un desden supremo: quizá no nos veremos ni una sola vez.

Dicho esto, besó fria y ceremoniosamente la mano del rey, saludó á Juana con la cabeza y salió de la estancia con paso grave y mesurado.

El rey la siguió con una mirada de enojo; pero la solicitud de Juana pudo ahuyentar las nubes que se amontonaban en la frente adusta del monarca.

La hora de la comida cambió el órden de las ideas, y al tiempo de sentarse Enrique VIII á su tercera comida de boda, oyó con la mayor indiferencia el rumor del coche que se llevaba á su hija á un destierro voluntario, pero no por esto menos doloroso.

VI.

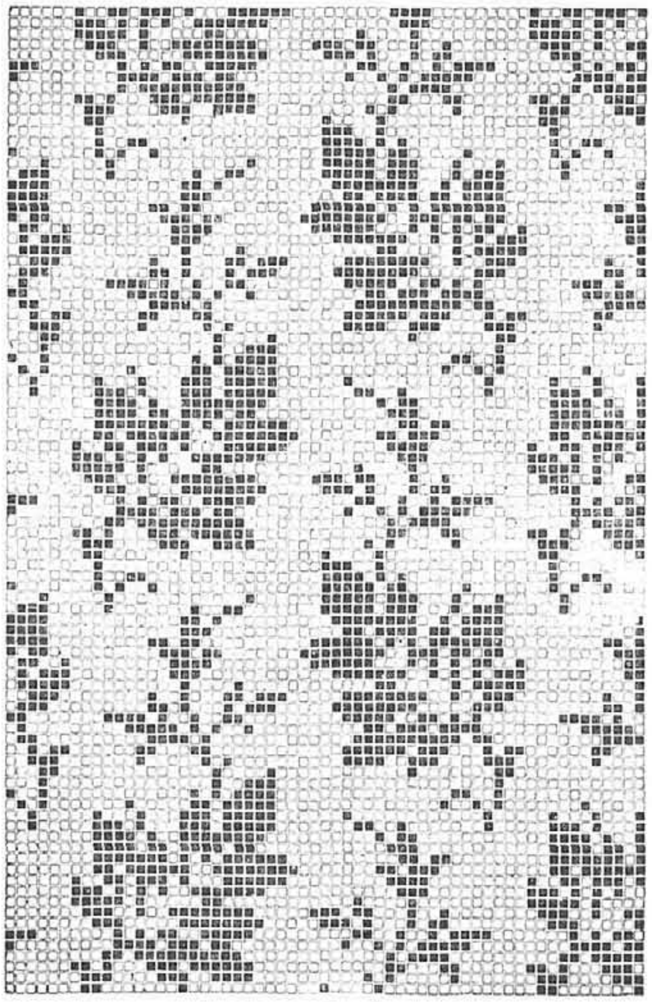
Dos meses despues de su matrimonio, el rey Enrique de Inglaterra estaba tan fastidiado de su mujer, como pudiera estarlo el mas plebeyo de sus vasallos de la suya.

Y no era por cierto porque la pobre Juana hubiese desplegado ningun defecto, ni porque hubiese habido en su carácter desagradables variaciones: era siempre la pobre criatura dulce, tímida é inofensiva, y además desde que era reina ponia todo su afan en aparecer pequeña é insignificante: ni un solo rasgo notable hubo en su vida; y su celebridad es solo debida á haber estado casada un año con el terrible y sanguinario Enrique VIII de Inglaterra.

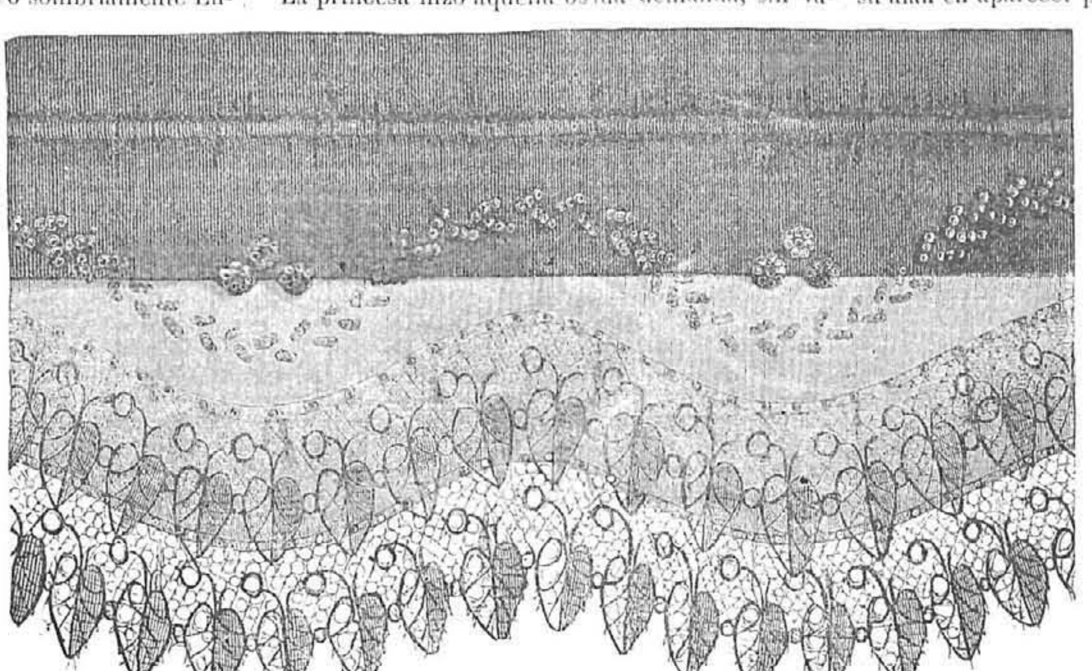
Juana era en extremo medrosa y su marido la mortificaba continuamente obligándola á dar paseos arriesgados, ya en caballos fogosos, ya en alguna barquilla cuando el Támesis estaba agitado por la tempestad.

Era un invierno en extremo rigoroso y el gran rio se hallaba helado completamente: la reina acababa de levantarse, cuando el rey entró en su cuarto.

Juana se hallaba á principios de un embarazo muy molesto y en extremo pálida y delgada: el rey no sabia aun su estado, y le dijo imperiosamente que se preparase para un paseo á caballo.



DIBUJO PARA MALLA Ó CROCHET.



UNA PARTE DEL MANGUITO DE TAMAÑO NATURAL.

© Biblioteca Nacional de España

La reina tembló, porque su marido elegia siempre para ella los caballos mas fogosos: pero incapaz de resistencia, se dejó vestir un suntuoso trage de montar y bajó al patio con el rey.

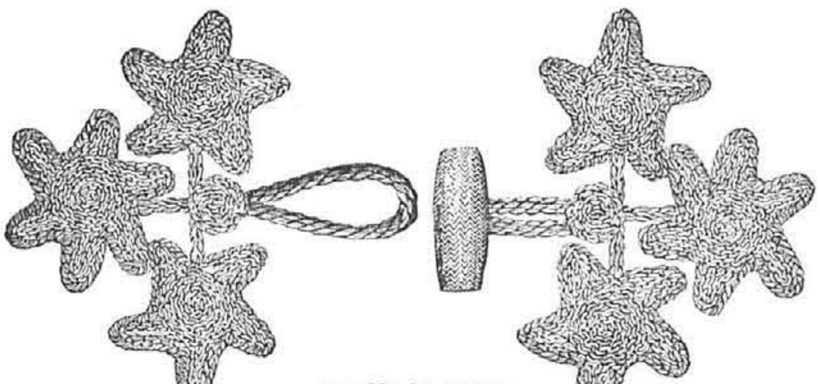
Se le habia enjaezado, segun costumbre, la yegua mas briosa de las caballerizas, y gran número de cortesanos la esperaban ya montados en sus corceles que piafaban impacientes por salir al galope.

(Se continuará.)

El artículo siguiente que lleva por título A LUENGAS TIERRAS LUENGAS MENTIRAS, lo debemos á la pluma de una apreciable y nueva colaboradora habanera. Escrito con suma lijereza y oportunidad, no dudamos que será recibido con placer, especialmente por las damas, puesto que es su autor una dama. Por nuestra parte nos felicitamos con la adquisicion que acabamos de hacer en la bella reina de las Antillas.

A LUENGAS TIERRAS LUENGAS MENTIRAS.

He aquí, bellas lectoras de la Moda Elegante, un proverbio exacto como todas esas sentencias populares dictadas por la experiencia. Parece en verdad concebido para aludir las exageraciones que, segun he sabido desde la Habana, suelen circular en el viejo hemisferio respecto á la Isla de Cuba; exageraciones que entre otros curiosos lances ha suscitado el que voy á referiros al dirijiros por primera vez mi palabra amiga. Es pues el caso que, entusiasmándose con la fabulosa relacion que hacian de los tesoros de la grande Antilla algunos peninsulares que habiendo salido pobres de la madre patria se olvidaban de hablar (en el gozo del buen éxito), al retornar en sus hogares enriquecidos, de los muchos años de laboriosidad, economía, y perseverancia que necesitaron para reunir su fortuna, cierto jóven nacido al pié de las montañas de Asturias, noble cuna de la monarquía española cristiana, sintió despertar en su corazon, esperanzas ambiciosas. Bastante vaciló sin embargo antes de manifestar su deseo de venir á América, porque próximo á casarse con la hija de un empleado de Oviedo, y asustado por la idea de la fiebre amarilla, (monstruo que á guisa de los dragones encargados de guardar los encantados jardines de los cuentos árabes, se sitúa revestido de fatídico aspecto á la entrada de los puertos cubanos) no se determinaba á tomar una definitiva resolucion. Mas el acaso, origen á menudo del destino del hombre, hizo tropezar entonces al indeciso Marcelino con un antiguo condiscípulo suyo, el cual habiéndose trasladado al nuevo mundo mas desnudo que Job habia tenido la suerte de contraer matrimonio en él con una opulenta heredera, y despues de regresar á su país para abrazar á los autores de sus dias volvia á marchar á la Habana á reunirse con su esposa. Informado Jaime del secreto anhelo de Marcelino, lo alentó á ponerlo en planta siguiéndole á la metrópoli de Cuba.



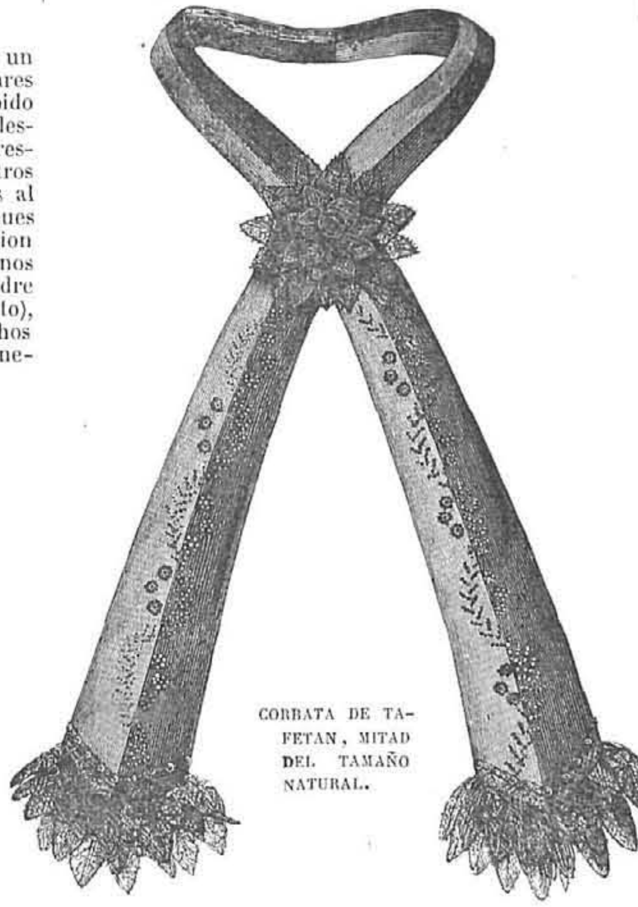
PRESILLA DE CROCHET.

—Pero ¿y mi novia, mi adorada Paquita, objetó el último apesarado.

—Asaz débil por cierto seria el amor que no supiera resistir á la ausencia, replicó el primero.

—Pero ¿y el vómito negro, vampiro insaciable que tantas víctimas arrebata?

—Bah! No cometiendo excesos de ninguna clase, observando un sobrio réjimen, adoptando prudentes precauciones, pocos forasteros sucumben á esa temida dolen-



CORBATA DE TAFETAN, MITAD DEL TAMAÑO NATURAL.

cia de la América Septentrional.

—¿Pero y mi desprovisto bolsillo, que me reducirá á vivir de aire interin no halle ocupacion en paises para mí enteramente desconocidos?

—Yo destruiré ese obstáculo ofreciéndote un aposento en mi casa, y un asiento en mi mesa. Haré mas aun en obsequio tuyo. Te señalaré un sueldecito regular por la administracion de algunos bienes que en la Habana poseo. En seguida, luego que hayas adquirido en ella relaciones, podrás fácilmente comerciar por tu cuenta, pues mi suegro, rico capitalista, ó cualquiera otro, te prestará á tu simple firma y á moderado interés las sumas precisas para emprender especulaciones que te dejen pronta y abundante retribucion. Mucho mas pobre era yo que tú cuando D. Diego, el padre de mi consorte, me entregó, antes que Julia me perteneciera, veinte mil pesos en la sola garantía de un recibo ordinario, llegando su generosidad hasta indicarme que si yo ganaba en la empresa á que los destinaba le pagaria el rédito justo de su dinero, y contentándose en contrario con el exacto reintegro de la mencionada cantidad. Así en compañía de varios amigos tomé parte en un embarque de azúcares que triplicó las sumas invertidas en él. Entonces D. Diego no considerándome ya un *arrancado*, como por allá dicen, me otorgó la mano de su hija, ángel de negros ojos y de corazon puro, que me ha convertido en el mas venturoso de los mortales.

Estos y otros discursos exaltaron la imaginacion de Marcelino. Deseoso Jaime de llevarlo consigo le calló que el préstamo á tan favorables condiciones de los veinte mil duros, principio de su fortuna, consistiera en que el amor de la hermosa Julia le habia abierto el alma de su padre el capitalista, y nuestro ambicioso veia ya á su disposicion las talegas de cuantos disfrutaban en la Habana de rentas pingües.

Venciendo en consecuencia sus postreros escrúpulos, se decidió á participar á Paquita su propósito de embarcarse. La jóven, aunque deslumbrada con la lisonjera relacion de que en la Habana se prestaban los sacos de onzas de oro con tanta indiferencia como en Asturias un puñado de ochavos, díjole llorosa:

—Querido Marcelo, ¿para qué codiciar supérfluas riquezas cuando gozamos de dichosa medianía? ¿para qué ir á buscar lejos la felicidad cuando á nuestro lado la tenemos? Hasta ahora no nos ha faltado con qué subsistir y trabajando juntos adelantaremos mas que sufriendo separados.

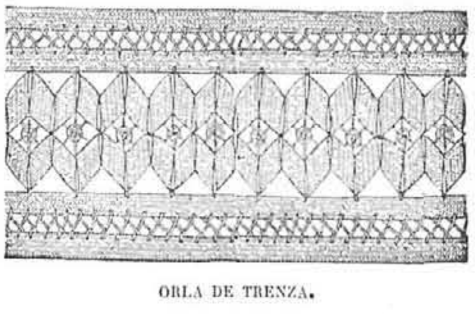
—No, no; por lo mismo que de veras te amo no desperdiciaré la ocasion de prosperar que se me presenta, repuso Marcelino con terminante acento.—Me voy con Jaime y antes de tres años regresaré á tus piés colmado de positivos bienes.

—Ay! ¿Y la fiebre amarilla, los cocodrilos, los tiburones y los mosquitos de Cuba? exclamó Paquita sobresaltada.

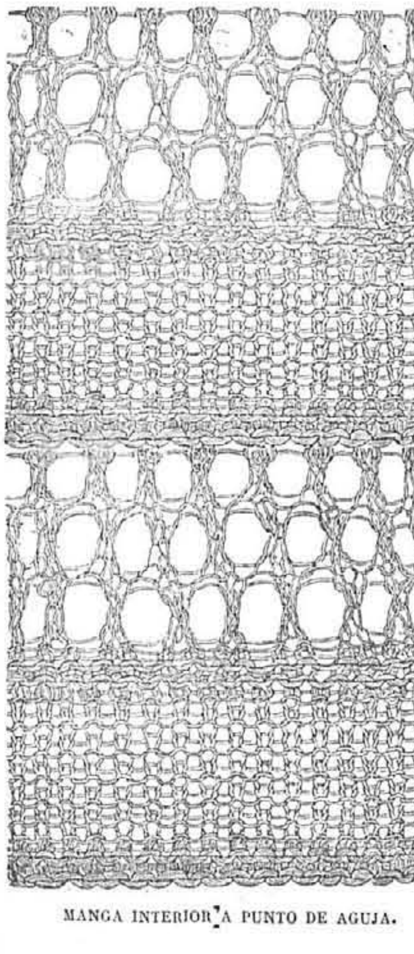
—Ninguno de esos enemigos se atreverá á atacar á tu amado, contestó Marcelino con aire galante y fanfarron destinado á ocultar secretos terrores.

En fin; cediendo al poder que las palabras, «Ir á buscar fortuna» ejercen sobre la multitud, se dirijió Marcelino al mundo de Colon, empujado por Jaime que se divertia contándole mil patrañas de la ciudad populosa á donde no tardarian en llegar. Segun él, en la Habana soñaba á cada momento el forastero con los números que debian sacar los primeros premios de la lotería, se apresuraba á comprarlos, y de la noche á la mañana rivalizaba en opulencia con la familia Rothschild. —Abria Marcelino tamaños ojos oyéndole describir además las exorbitantes ganancias que en la capital cubana proporcionaba la menor industria, y sin el fantasma del vómito negro, que á su pesar le sobrecojia, se hubiera ya juzgado corriendo rápidamente hácia la cúspide de los terosos universales.

Durante toda la navegacion no cesó de pensar Marcelo en la region tropical de que tan diferentes narraciones escuchaba. Tan pronto divisaba su fantasía delirante inmensas campiñas cubiertas de plá-

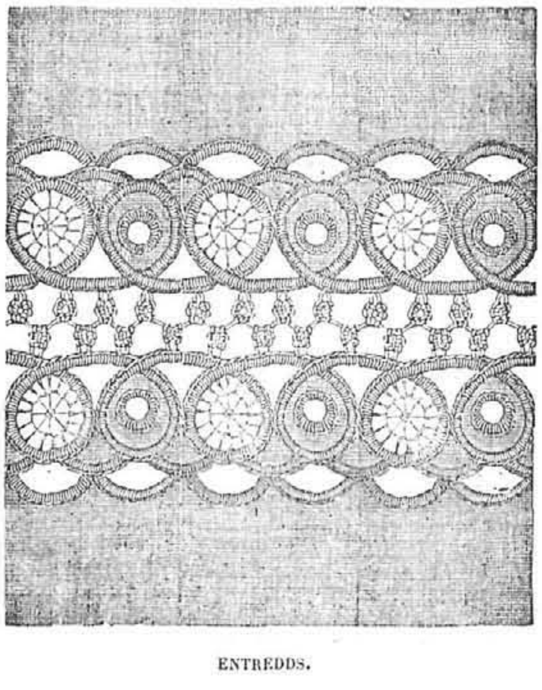


ORLA DE TRENZA.



MANGA INTERIOR A PUNTO DE AGUJA.

MANGUITO, MITAD DE SU TAMAÑO NATURAL.



ENTREDDS.

© Biblioteca Nacional de España

tanos y palmeras, como innumerables bandadas de matizadas cotorras que oscurecian el aire, ó cenagosos rios, á cuya orilla se paseaban, con anfibia fraternidad, tropas de caimanes y tortugas: tan pronto imaginaba, que hordas de etiopes causando infernales alaridos danzaban en torno suyo ataviadas grotescamente, como que uno de aquellos atezados héroes, émulo en humildad del canibal de Robinson, conduciéndole al pié de corpulento árbol, le ayudaba á desenterrar un teroso allí escondido desde que los Ingleses se apoderaron durante breve tiempo de la Habana; tan pronto, por último, se contemplaba á si propio retornando cargado de oro al lado de su idolatrada Paquita, como estendido en fúnebre carro que tomaba el camino del cementerio seguido del escaso séquito que marcha tras el cadáver del forastero desconocido, para depositarlo en extraña tierra.

Dominado por la idea fija de su viaje, emprendido en medio de una mezcla confusa de esperanzas y recelos, apenas reparaba Mrcelino en las vastas llanuras líquidas que salpicadas de argentada espuma acariciaban los costados de su bajel, ni en el esplendor de las radiantes alboradas y de los vespertinos crepúsculos que se sucedian sin interrupcion unos á otros. Ni una sola vez, en el trascurso de la travesia, bramó irritado el viento en el espacio infinito. El viejo Océano parecia sonreir halagado por las suaves brisas de la primavera y el desierto movible, á fuer de todas las naturalezas poderosas, mostrábase lleno de benevolencia y de magestuosa tranquiliadd.

Marcelino, repito, en lugar de admirar la brillantez del cielo y el reposo del salado lago preguntaba á Jaime incesantemente: «¿En la Habana hay esto, en la Habana hay eso otro?» Hubiérase dicho al oirle, que se trataba de un pais tan extraño para el europeo como la Patagonia. Faltábale indagar tambien: ¿Allá se duerme, allá se bebe, allá se come para vivir? ¿Allá rien los jóvenes, refunfuñan los viejos, ladran los perros y maullan los gatos como entre nosotros?

Cuando se distinguieron las costas de Cuba, y sus espesos bosques derramaron un verde tinte sobre las olas del Atlántico, que amorosas la besan, creyó Marcelo que iban á atacarle enjambres de hambrientos mosquitos, á flotar encima de la arboladura del buque densas nubes de pintados papagayos, y á elevarse del seno del agua trasparente, millares de monstruosas cabezas pertenecientes al pez voraz llamado tigre del mar de las Antillas. Pero ninguno de los episodios que aguardaba alteró la monotonía de su viaje, y el barco pasando veloz ante la Isla, penetrando por medio de las dos formidables fortalezas, que bañando sus piés en las olas sirven de centinelas vijilantes al puerto de la Habana, fué á detenerse en este, que sorprendió á Marcelino con el magnífico golpe de vista formado por su magnitud, su seguridad y el sin número de embarcaciones que inmóviles en él sobre las anclas, descansaban como el fatigado viajero, ó se preparaban á partir con la alegre actividad del que comienza su ruta. Pocos momentos despues hallábase Marcelo instalado en la cómoda casa de Jaime cuya elegante esposa lo acojió con la proverbial amabilidad de las simpáticas habaneras.

Pero aunque la bulliciosa poblacion, sus seductoras hijas, sus bonitos paseos, y las quintas pintorescas que se estienden desde el Horcon hasta Marianao, formando larguisimas calles de jardines y blancos pórticos, agradaron á nuestro jóven, no tardaron en mortificarlo los inconvenientes que la exageracion de las ventajas y contras de la cubana capital ocasiona al recien llegado, desposeido de suficiente firmeza y reflexion para creer únicamente lo que es razonable. Las excesivas precauciones que le aconsejaban para preservarse de la enfermedad endémica, así como las distintas advertencias que de contínuo le hacian respecto al asunto, aumentaban el miedo que le profesaba. Abrumado, verbi-gracia por el calor, salia de noche á recorrer las calles y sentándose en los bancos de la plaza de Armas, ó de la Alameda de Isabel II, aspiraba afanoso el blando favonio que aplacaba el ardor de su inflamada sangre. La casualidad no se olvidaba entonces de enviarle al encuentro algun conocido que se apresuraba á exclamar solícitamente:

—Qué imprudencia comete V. poniéndose al sereno antes de aclimatarse! Recójase y no juegue con el diablo.

Asustado el recien venido volaba á refugiarse en su aposento como si Satanás efectivamente lo persiguiera, y cerrando puertas y ventanas interceptaba toda comunicacion entre su persona y el maléfico relente. Jaime, al retornar del teatro ó las *soirees*, lo hallaba confinado

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de fulard, fondo negro, con ramitos de rosas grosella y follage. La enagua muy larga, está orlada por una tira de tafetan grosella rodeada de guipur negro y bordada de trencilla negra. Esta tira cruza un poco por delante, y sube por el lado, figurando un redingot abotonado con gruesos botones grosella bordados de negro y rodeados de guipur negro. El corpiño es de solapas, análogas á la tira de la enagua, y cruzadas á fin de continuarse con esta. Las mangas, que señalan el codo, tienen vueltas guarnecidas como el trage.

Vestido de señorita. — Trage de muselina estampada, fondo blanco con ramitos de color. La enagua está guarnecida por un volante encañonado, con cabeza, que tenga 12 centímetros de alto. Otros dos volantes mas estrechos (10 y 9 centímetros) están puestos en forma de delantal, y se estrechan al subir hasta el talle. Corpiño montante, dejando libre el cuello. La abertura de este está guarnecida con un rizado de muselina igual á la del trage, y sobre él otro de encage blanco. Mangas largas con dos volantes. Mangas interiores pagodas. Una crucecita de oro al cuello, con cinta de terciopelo negro. Brazaletes de terciopelo negro. Una bolita de plata dorada pende de cada cabo de la cinta, y otra, que une los dos cabos, sirve para apretar el brazalete. Sombrero á la segadora, de paja, adornado con flores y tul negro.

© Biblioteca Nacional de España

en su celda como un triste cartujo.

—¿Te has vuelto loco para convertir así en un horno tu estancia?—decíale abriendo de nuevo ventanas y puertas.—Nada hay tan nocivo en la Habana como la nauseabunda atmósfera de una habitacion donde no penetra el aire, y nada en ella por el contrario conserva tanto la salud como respirar la fresca brisa nocturna, ó el puro ambiente de la mañana antes de la salida del sol.

Marcelino en consecuencia, abandonaba el lecho a asomar la próxima aurora y dirijiéndose á la alameda de extramuros, su predilecto paseo, gozaba con intensa voluptuosidad del aire delgado é impregnado todavia en el aroma de las húmedas plantas, que reanimaban su pecho.

Un compatricio aclimatado lo sorprendia hollando con placer la yerba esmaltada de líquidas perlas, y recreándose con el halago de las tempranas auras, que movian el follage sonoro:

—¿Qué significa este madrugon?—le preguntaba con acento de amistoso reproche.—Cuídate; permanece tranquilo en la cama en lugar de levantarte con el alba para mojarte los piés sin necesidad, ó te arrepentirás demasiado tarde de no haber atendido á tu propia conservacion.

Y bastaban aquellas palabras para que Marcelino regresara azorado á su residencia, figurándose que acababa de cometer un exceso fatal.

Puesto que tan dañosos se consideraban el rocío y la humedad aguardaba para pasear las calles que las bañara el sol de los trópicos con sus rayos de fuego. Al atravesar Jaime alguna de las principales divisábalo por lo tanto cubierto de polvo y sudor, caminando tan despacio bajo el fulgurante astro como si fuese la pálida luna.

—Qué haces desdichado? le gritaba asiéndolo de un brazo y obligándolo á subir á su carruaje.—¿Temes contraer el mal endémico y te atreves á desafiar la ardiente lumbrera que lo produce? Nada hay tan perjudicial aquí para el forastero como recibir el sol.— ¡Vaya! replicaba aturdido el recien llegado.

Uno me manda evitar el aire nocturno, otro la cálida atmósfera de un aposento cerrado, este el sol, aquel la humedad... ¿Cómo conducirme entónces?

Agobiado por el peso de los temores que le inspiraban con la loable intencion de librarlo de ellos, quiso salir lo ménos posible de su casa; Jaime se opuso á su propósito recomendándole que se distrajese. Dócil á cuantas advertencias escuchaba Marcelino, asistió á un baile y mezclándose en la cubana contradanza, que le gustó infinito, empezaba á entusiasmarse con los atractivos de la donosa trigüeña que por compañera le habia tocado, cuando uno de sus Mentores destruyó el encanto, diciéndole al oido:

—¿Ignoras que un medio casi seguro de adquirir la fiebre amarilla es sofocarse? Tus locuras, Marcelo, te perderán.

—¡Mis locuras!—repitió el recien venido atónito.—¡Está visto! Debo colocarme bajo una redoma como una reliquia, para contentarlos á todos!...

Peor lo pasaba aun respecto á sus alimentos. Si comia con buen apetito le hablaban del riesgo de las indigestiones; si se sometia á un parco réjimen, le ponderaban el peligro de debilitarse el estómago. En el laberinto de opiniones diversas que se empeñaban en servirle de guia, Marcelo adoptó por sistema una dieta rigurosa que casi lo enfermó en plena salud segun lo pálido y encanijado, como decia Cervantes, que se puso.

Aburrido de sí mismo fué á pasar varias semanas en una quinta de recreo que en el Cerro tenia Jaime. Allí entre las gayadas flores de la tórrida zona alzaba á cada rato los ojos hácia los coposos árboles, esperando vanamente la aparicion de las bandadas de parleras cotorras y de chillones loros que, segun suele creer el vulgo en el antiguo continente, vuelan en las calles de la Habana mezclados con el polvo y los mosquitos. Pero su sorpresa se aumentó cuando al ir á comprar alguna de las locuaces aves que sus amigas de Asturias le encargaron, juzgando tan fácil su remision como la de un puñado de arena del Almendares, le exijieron por cada loro parlanchin y habladora cotorra, cantidades crecidas.

—Vaya!—murmuró.—Allá pensamos que estos animalejos aturdidores se dan en Cuba casi de balde: pero aquí, como en el resto del universo, complácese el hombre en pagar caras, muchas molestias.

Como los meses trascurrian sin que ningun negro le enseñara tesoros enterrados, ni ningun ensueño le revelara los números que debian sacarse á la lotería, Marcelo deseando realizar su proyecto de enriquecerse lo mas pronto posible, se presentó á D. Diego, el suegro de Jaime, pidiéndole con el mayor desembarazo un préstamo de veinte mil pesos. Aunque al oir semejante solicitud de boca del recien llegado aguzó D. Diego las orejas á guisa de alarmado corcel, antes de cerrarle su bolsillo tuvo la cortesía de preguntarle:

—¿Qué garantías me ofrece V. para mi resguardo?

—Mi firma, caballero.

—No me basta, señor mio; necesito además la de personas que me aseguren el reembolso.

—¿Se atreve V. á dudar de mi probidad? El yerno de V. puede decirle...

—Mi yerno respondió de la honradez de V. y yo lo creeré al pié de la letra: pero no me responderá igualmente de que V. no pierda mis veinte mil duros en la empresa á que los destina, dejando esa brecha en mi fortuna. Mientras V. no me traiga por lo mismo á justas condiciones, un pagaré con dos ó tres firmas de crédito, le suplico no me vuelva á hablar del asunto.

—Comienzo á comprender que en la Habana no se amarran los perros con longanizas, segun imaginamos en Europa, exclamó Marcelino recurriendo á otros capitalistas que lo propio que D. Diego le contestaron, manifestándole así que en el país mas rico es preciso tambien trabajar y sufrir para prosperar. Profundamente desanimado entonces porque no habia sabido mirar las cosas bajo un cuerdo punto de vista, el jóven añadió con tristeza.

—Ah! Paquita! Paquita! Acertabas al decirme: «No codiciemos otros bienes que los de una decente medianía; verdadero estado del hombre sensato é independiente.»

De este modo poco mas ó menos reflexionan todos los humanos al cortar la adversa suerte las alas á sus esperanzas ambiciosas.

El fallecimiento de unos de sus compañeros de viaje dió á Marcelino el golpe de gracia. Habiendo llegado el terrible Junio con su nefanda mezcla de calor y humedad, sucumbió aquel infeliz á su maléfica influencia. Al seguir Marcelino, lívido como la imágen del miedo, el entierro del difunto ocurriósele preguntar si habia provenido su prematuro fin de algun exceso.

—Sí, le replicaron; de una indigestion de mamey de Santo Domingo, fruta sumamemente nociva aquí para los forasteros.

Funesto sobresalto se apoderó al momento del jóven recordando que por la mañana habia comido de la mencionada fruta. Juzgándose pues destinado á igual fatídico desenlace, penetró inquieto en el cementerio de la Habana, cuya desolacion no vela por cierto el horror de la muerte como en los Estados-Unidos ó Alemania, donde montecillos de flores cubren las sepulturas, haciéndolas verdaderamente el campo santo del eterno reposo.

—Parece que ahora trabajan Vds. mucho, dijo Marcelo á los hombres encargados de la triste ocupacion de depositar el cadáver en el fúnebre asilo.

—Sí señor,—le contestaron con lúgubre jovialidad, notando en su demudado semblante su pobreza de espíritu;—En esta época empieza siempre el *embullo*.

Trastornado por los fantasmas de su imaginacion, exaltada por las imprudentes advertencias de sus amigos, Marcelo volvió á su domicilio creyendo sentir en su desarreglada máquina los síntomas del vómito. Informado de que algunos médicos lo curaban aun á fuerza de aceite entró en la cocina, cojió una botella llena del jugo de la oliva, y echándosela al coleto, al poco rato sus convulsivos gritos atraian á su habitacion á Jaime y á su esposa.

Hallaron estos al apocado mancebo casi moribundo de resultas del tremendo vomitivo que tomára intempestivamente, necesitándose los esmerados cuidados de un facultativo hábil para salvarlo del riesgo en que lo pusieron las exageradas precauciones que un cúmulo de vulgaridades lo habia impelido á adoptar.

En hora buena que ínterin dura el verano, la estacion temible de la Isla de Cuba se recomiende al forastero que viva con cautela; pero convertirse en ave de mal agüero para alarmarlo á cada minuto, presagiarle desdichas hasta en la accion mas inocente, y llenarle el alma de terrores, nunca será el método preservativo de las personas intelijentes y discretas.

Apenas se restableció Marcelino hizo sus preparativos para regresar á su país. Conociase privado de un carácter bastante firme para servirle de brújula, en el mar de las zozobras que lo asediaban y deseaba ponerse al abrigo de la tempestad en el puerto de sus nativos lares.

No logrando Jaime detenerlo en la Habana á pesar de sus vehementes niegos quiso vengarse de su temerosa índole escribiendo anticipadamente á Paquita que su novio habia sacado á la lotería un premio de cien mil duros, y que se lo restituia colocado en dorado pedestal.

Apenas tornó á encontrarse Marcelo entre sus pintorescas montañas corrió solícito á abrazar á sus padres, los cuales terminada la efusion del primer momento le hablaron, elevando al cielo en ademan de gratitud sus manos rugosas, de la bondad de la Providencia, que concediéndole la riqueza le permitia hacer gratos los postreros años de los autores de su vida. En vano protestó Marcelino que á fuer del hijo pródigo volvia á sus hogares desnudo y humillado. Atribuyeron los ancianos su negativa á propósito egoista de guardar un caudal para sí solo, y sin su amor y su indulgencia lo hubiera maldecido.

Sucedióle lo mismo con Paquita, que habia leido regocijada la carta de Jaime.

—Recelas tener que ayudar á mi familia, arruinada hoy, y por eso me ocultas tu fortuna, exclamó indignada. Anda Marcelo! Eres un falso, un avaro, un mentiroso!. Quién regresa de la América española con las manos vacías? ¿Quién ignora que en ella reune cualquiera un capital en un abrir y cerrar de ojos?...

Trabajo le costó al pobre Marcelino convencerlos á todos de que *á luengas tierras luengas mentiras!*.

Y colorin, colorao, por hoy mi cuento se ha acabao.—

FELICIA.

NOVELA.

—13—

LA VIRGEN DE LAS LILAS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora Doña María del Pilar Sinués de Marco.

(Continuacion.)

A la puerta del primer salon, se hallaban el marqués y la marquesa, para recibir á sus amigos.

Ámbos vestian luto por el coronel Miranda, muerto hacia dos meses, y conforme se iban sentando los concurrentes, entablaban unos con otros la misma conversacion.

—¿Se le hubiera á V. ocurrido jamás, el que la marquesa pensase en dar una fiesta con un luto, tan reciente, general? preguntó una bella jóven á un anciano militar.

—En verdad que no, querida Julia, respondió el interpelado á la joven que le interrogaba que no era otra que la hermosa señora de Ossorio, amiga íntima de la marquesa: pero, añadió el general, aquí hay algun motivo extraño, y que V. debe saber.

—¿Yo debo saberlo?

—Sí por cierto.

—¿Por qué general?

—¿No es V. la mas antigua amiga de Clara?

—En efecto.

—Debe V. pues saber el motivo, porque hoy dá este baile.

—Debe V. rectificar; esto no es baile.

—Pues qué vá á haber?

—Concierto, y cena despues.

—Habrán suprimido el baile por respeto al difunto.

—Es indudable: Clara casó muy á disgusto de su padre el cual llevado, segun dicen, de su carácter severo, y de su enojo, le prohibió que fuese á verle; mas á pesar de todo. Clara le amaba, y lo prueba el que fué á recojer su postrer suspiro.

—Conocí al coronel Miranda: era de mi edad, y juntos hicimos la guerra de los siete años: era un hombre honrado y digno del aprecio de todos, pero cuyo carácter violento y oscuro le sumerjió en la pobreza: mas volviendo al principio de nuestra conversacion, yo creo, querida Julia, que el recibir esta noche el marqués y su esposa encierra algun misterio.

—Lo mismo creo yo, pero nada sé de positivo.

—¿De veras?

—Muy de veras: hace dias que veo á Clara, ó muy abatida ó presa de una alegria febril: hasta la veo enferma y de gravedad: pero creo que sus padecimientos físicos, están apoyados en graves penas.

—¡Pobre jóven! murmuró el general mirando con ojos compasivos á la marquesa, que se apoyaba en la puerta, con aire de fatiga y desaliento.

Luego volviéndose á Julia le preguntó:

—¿No dicen que ha traido á su lado á una hermana mas jóven y sumamente linda?

—Sí, general, apenas cuenta diez y seis años y habia quedado desamparada á la muerte de su padre.

—¿Es realmente bonita?

—Apenas la he visto: tiene un carácter muy oscuro.

—Es extraño que no esté aquí.

—No tardará en venir... pero mírela V.! ahora entra.

—Es preciosa! dijo el viejo militar con el aire inteligente de un buen conocedor; qué tez! qué ojos! qué cabellos! qué talle! parece una de esas jóvenes inglesas tan delicadas, tan puras, que nos representa el aristocrático buril de Lourence!

—Es en efecto muy bella, repuso Julia, dirijiendo á Magdalena su lente de concha y oro.

La jóven estaba adorable en efecto: habia sentido introducir alivio en su luto y hasta presentarse en el salon, pero su repugnancia á salir de su cuarto habia cedido ante las súplicas de su hermana.

Su luto era riguroso, y su trage muy sencillo.

Sobre un vestido de glasé negro, llevaba una túnica de gasa; sujeta á su esbelto talle con un ancho cinturon de cabos flotantes.

© Biblioteca Nacional de España

El escote de su trage, dejaba descubiertos su cuello y hombros, cuya blancura mórbida y azulada, hacia resaltar un sencillo collar de azabache.

Sus mangas anchas, y no muy cortas, estaban recojidas con dos grandes lazos como el cinturon y sus brazaletes eran de azabache como el collar.

De entre aquel sombrio trage salia pura y radiante la casta belleza de la jóven como una estrella de entre una negra nube: sus cabellos dorados hechos bucles, coronaban su frente, dejando descubiertas sus blancas mejillas y sus sienes de una pureza encantadora.

Magdalena estaba muy triste: mas aun que su hermana: pero su tristeza era tan diferente como su trage.

Clara llevaba sobre un vestido de raso, otro de riquisimo encage de Chantilly: su aderezo de diamantes negros, se componia de una soberbia diadema, que ceñia sus cabellos, de dos riquisimos brazaletes, de un magnífico collar, y de dos grandes y deslumbrantes broches para los hombros.

Clara estaba hermosísima y radiante de magnificencia; pero en sus ojos ardia el fuego de la fiebre, y sus mejillas cubiertas de un color arrebatado decian que una enfermedad terrible, desarrollada por sufrimientos morales, minaba su existencia.

Magdalena, vestida con la extrema sencillez que hemos descrito, revelaba bajo su tristeza, una calma apacible, un sosiego resignado que no se albergaba en el alma ardorosa de su hermana.

Al entrar la *virgen de las Lilas* en el salon la marquesa la detuvo para decirle alguna cosa: asi, juntas las dos hermanas, presentaban el mas delicioso contraste.

Clara alta, morena, viva, con su fogosa belleza, parecia el emblema del amor.

Magdalena, suave, dulce, blanca, y vaporosa se asemejaba á la imágen de la pureza y de la castidad.

Y era que en el alma de la marquesa, se habia levantado el huracan de las pasiones, y en el alma de Magdalena, solo habia pasado el viento del dolor.

La jóven, desques de haber hablado breves instantes con su hermana, entró en el salon saludando con timidez á derecha á izquierda.

Era aquellla la primera vez de su vida que se hallaba en una fiesta, y la atmósfera de los salones, cargada de perfumes, le pesaba y la llenaba de aturdimiento.

Las damas se hicieron algunas señas malignas y no faltó quien pronunciase á media voz las palabras de *modista* y de *portal*.

Magdalena advirtió todo esto: pero su frente, lejos de humillarse, se levantó con mas altivez que de costumbre; para ella no era un baldon haber trabajado para mantener á su padre, y para ganar su propio pan; y si el aspecto del mundo la asustaba antes de conocerle, no hacia media hora que se hallaba en el salon, cuando ya habia comprendido la ruindad que se albergaba en él.

Entre tanto el marqués y la marquesa, agenos á cuanto pasaba un torno suyo, se ocupaban de recibir á sus amigos, que iban llegando, invadiendo los salones con bordados uniformes, y suntuosos trages.

Recordará el lector que el marqués habia expresado á su esposa su voluntad de que se presentasen ámbos en el mundo, para acallar las murmuraciones: aquel era el primer mentis, que ámbos daban á la sociedad, que ya habia empezado á despedazar un año hacia la reputacion de Clara.

Para el marqués aun permanecia envuelto en un misterio profundo el nombre del amante de su mujer: en vano la habia espiado: es verdad que la visitaban muchos jóvenes, pero ninguno podia jactarse de obtener las preferencias de Clara.

El conde de Torrenueva, era el único que habia dejado de frecuentar desde hacia algun tiempo, el palacio de Albareal: y cuando hubiera ido con la misma ó mayor frecuencia que los demás, fuerza es decir que era el último de quien Pablo hubiera sospechado.

Al estender las papeletas de convite Clara habia cuidado de enviar dos á casa de Eugenio, una para él y otra para su madre: y la impaciencia con que le esperaba. era lo que daba aquel color febril á sus mejillas, y á sus labios tan subido carmin.

Anunciaron por fin en la primera antecámara, al señor conde de Torrenueva, y dos corazones palpitaron al escuchar su nombre.

El de Clara, al pensar que iba á poder hablar de nuevo al hombre á quien tanto amaba. El de Magdalena al recordar el ultrage que aquel hombre le habia hecho.

Ámbas hermanas le miraron fijamente, y la *vírjen de las Lilas*, al ver aquella gallarda y elegante figura, al ver aquel hermoso y simpático rostro, se preguntó á sí misma cómo era posible, que bajo tan hermoso y noble exterior se ocultase el seductor sin corazon y sin alma, que habia querido comprar á una pobre jóven por el precio de algunos diamantes.

Ninguna respuesta pudo darse: la elevada frente de Eugenio retratabá la inteligencia, el talento y todos los instintos nobles: sus grandes ojos negros eran atrevidos por leales y altivos al mismo tiempo que dulces: su sonrisa era cariñosa, y su paso magestuoso y reposado.

Nada podia darle á conocer por el seductor de profesion, por el libertino descarado, ó por el fátuo inmoral y presuntuoso.

XVI.

Todas las mujeres se volvieron hácia Eugenio, como los girasoles se vuelven á mirar el astro del dia: las sonrisas, las dulces miradas, las señas de intimidad y de inteligencia se dirijian á él como si fuese un amigo esperado y querido.

Por su parte el jóven no parecia apercibirse de aquel asalto y Magdalena pudo conocer que si Clara habia tenido razon al asegurarle que el conde de Torrenueva era el jóven mas á la moda de Madrid, se habia equivocado en cambio al afirmarle que era el mas superficial, el mas atrevido, el mas presuntuoso de todos.

Mas ¡ay! ella ignoraba la lucha que tenia lugar en el alma de su desventurada hermana.

Clara amaba al conde con una de esas pasiones únicas en la vida, y de la cual eran un pálido reflejo todas sus afecciones anteriores: la pobre mujer que habia tenido miedo de que Eugenio pudiese ver á Magdalena con libertad, y que por esta razon lo habia conducido á su lado, tembló despues del prestigio que podian conceder á su hermana las ventajas de su nueva posicion, y procuró infundirle hácia el conde un pueril y exagerado temor.

No podia sin embargo suceder así, mas que hasta el instante en que se aproximasen aquellos dos seres igualmente nobles, igualmente leales, é igualmente hermosos.

Magdalena, al ver acercarse al conde, sintió dentro del corazon, una impresion agradable, un bienestar interior, que jamás habia experimentado.

¡Cosa extraña! á medida que podia contemplar mejor los rasgos de aquella fisonomia, melancólica y noble, le parecia que era la de un antiguo amigo, y aquella dulce realidad, iba borrando la nebulosa imágen del seductor que habia intentado comprarla con diamantes.

Llegó por fin Eugenio cerca de ella, abriéndose paso, entre los cordiales saludos de los hombres y las dulces sonrisas de las mujeres, y se inclinó con la misma grave cortesia que si la viese por la vez primera.

Luego se sentó á su lado, con una serenidad que desmentian su frente y los latidos de su corazon.

Por la primera vez, desde hacia muchos años, Eugenio se sentia tímido delante de una mujer: solo en sus amores de adolescente habia sentido aquella timidez, y ahora amaba como un adolescente; es decir con un amor leal, puro y apasionado.

Pero era tanto su talento, tan grande su conocimiento del mundo, que su embarazo ó duró muy poco, ó consiguió dominarlo completamente.

—Señorita, dijo á Magdalena, con una dulzura penetrante y que añadia un nuevo encanto á sus palabras: dos veces he estado á ver á V. una con mi madre, y otra solo, y sin que en ninguna de las dos haya tenido la dicha de lograrlo.

Magdalena le miró atónita y agradecida: el conde tenia el talento de empezar la conversacion como si nunca hasta entonces la hubiese visto: tenia la delicadeza de no hacer ni la alusion mas leve á la persecucion de que la habia rodeado, cuando ocupaba su modesta tiendecilla.

—Agradezco á V. y á su señora madre, esta prueba de afecto y de deferencia, respondió con dignidad la jóven, y siento mucho no haber tenido el gusto de saludarles.

—Hemos sabido, mas tarde de lo que hubiéramos deseado, que la marquesa tenia á V. á su lado, prosiguió Eugenio, apartando de su lenguaje toda lisonja, y revistiéndole de cierta solemnidad, en el hecho de mezclar á sus palabras el nombre de su madre.

Magdalena se inclinó ruborizada: habia inflexiones en aquella voz que llegaban á su alma; siempre, al escucharla, habia sentido turbacion: mas de úna vez se habia dicho que aquel mágico acento perdia una parte de su encanto, al emplearse en las atrevidas galanterias que le dirijia, y que le hubieran sentado mejor las frases graves y afectuosas.

—Muchas veces, señorita, prosiguió el conde, corremos en busca del bien, y el bien se halla á nuestro lado sin que nos sea dado verle, prosiguió el jóven: yo por ejemplo, he corrido tras de un bien ausente, y él se hallaba á dos pasos de mí.

—En esas ocasiones es cuando puede hacer un gran papel el corazon, repuso Magdalena, con una sonrisa en la que habia alguna malicia: ¿nada le decia á V. el suyo?

—¡Si! respondió Eugenio clavando en Magdalena una elocuente mirada: algo me decia: pero no lo que hubiera debido decirme!

—¿Qué decia pues?

—Que sufria: que no hallaba reposo: y lloraba de noche y de dia, lloraba siempre, sin que yo supiera donde hallar su consuelo!

—¿Pues qué temia?

—Temia... ¡que amaba! repuso Eugenio con una expresion de verdad que penetró hasta el corazon de la pobre huérfana.

Esta llevada del encanto de la situacion, se atrevió á decir, poniéndose encarnada:

—Y no decia á quién?

—Sí, respondió, el conde: me lo decia: era á una jóven que se parecia á V.

Esta vez ya no halló la jóven fuerzas para contestar: pero se aumentó el encarnado de sus mejillas, y los latidos de su seno se hicieron mas precipitados.

—¡Si! prosiguió Eugenio: me decia que queria volar tras de una hermosa jóven, que tenia la figura de un ángel y la virtud de una santa: pero Satanás que anhela mucho poseer mi corazon, porque es bueno, le aconsejó mal, del mismo modo que aconsejó mal en el paraiso á nuestra primera madre.

Magdalena seguia callando.

—Satanás, pues, continuó el conde, dijo no sé qué amargas palabras á mi corazon, que se refugió llorando y huyendo de él en lo mas hondo de mi pecho: entonces se apoderó de mi voluntad, que era mas frágil que mi corazon, y que me obligó á hacer una cosa indigna.

Magdalena fijó sobre el conde una mirada llena de lágrimas, como una reconvencion muda y elocuente.

—No recuerdo, continuó el conde, no recuerdo ya cual fué la accion infame, que mi voluntad, guiada por el espiritu del mal, iba á acometer: y mas vale así porque si me acordara moriria de vergüenza.

—¡Ah! dichoso V. que puede olvidar lo que le hace daño, caballero! murmuró Magdalena con acento profundo: no tengo yo esa felicidad!

—¿Cómo no, si me parece V. el ángel del perdon? exclamó el conde, con una ternura llena de una tristeza penetrante.

—¿Cree V. acaso que es lo mismo perdonad que olvidar?

—Ya sé que nó, señorita, contestó el conde con melancolia: pero, añadió con dolorosa expresion, permítame V. admirarme de que exista quien se haya atrevido á ofenderla.

—¡Oh, me han ofendido y muy cruelmente, caballero?exclamó Magdalena con amargura: tanto mas cruelmente cuanto que no merecia yo semejante ofensa!

Reinó el silencio durante algunos instantes; ¡extraña cosa era por cierto, ver como aquellas dos almas se entendian, en tanto que los labios empleaban cándidamente un lenguage figurado y oscuro!

—Señorita, dijo Eugenio, conociendo lo embarazoso de su posicion; V. necesita quien le enseñe á olvidar ¿no es verdad?

—Qué! ¿se aprende eso por ventura, caballero? preguntó tristemente Magdalena.

—Todo se puede aprender, repuso el jóven, y mas siendo bueno: yo enseñaré á V. pues, á olvidar lo que hace daño, y V. me enseñará tambien una cosa muy dulce para mi corazon.

—No comprendo... murmuró Magdalena.

—Me enseñará V. continuamente la imágen de la santa jóven á quien tanto he amado y amo todavía.

—Acaso se parece á mi? preguntó Magdalena con una adorable sonrisa.

—Se parece á V. como se le parece la imágen que refleja su espejo: así pues, y si V. no se opone, mañana vendrá mi madre á pedir para mí la mano de V.

La *virgen de las Lilas* levantó sus ojos con una expresion inefable de gratitud; pero de súbito vino á su memoria la terrible conversacion que habia oido detrás del cuadro de su aposento: el inmenso amor de su hermana por Eugenio, y palideció y se puso á temblar.

A aquel terrible recuerdo, sucedió otro mas terrible todavia: el del amor del marqués hácia ella; la pobre criatura encerrada en el circulo inflamado que formaban en derredor suyo aquellas dos pasiones terribles, sintió como una sed ardiente de un amor noble, puro y legítimo que amparase su debilidad y su abandono, y su

© Biblioteca Nacional de España

mirada se volvia hácia el conde que esperaba impaciente su respuesta.

Pero ante de que pudiese darla, apareció ante sus ojos la figura sombría de su hermana que paso á paso habia ido avanzando hácia ellos.

—¿Quiere V. darme su brazo, señor conde, para tomar un poco el aire de la galería? dijo Clara á Eugenio con voz contenida y temblorosa.

Este lanzó á Magdalena una mirada que parecia decir: «vuelvo al instante:» se levantó y presentó su brazo á la marquesa atravesando con ella los dos salones.

—Ah! no ha sosegado hasta que no ha arrancado á su amante del lado de su hermana, dijo una marquesita á una baronesa que ocupaba su derecha.

—Cada dia está mas ciega por el conde, repuso la baronesa.

—No *le* sucede *lo* mismo á *él*; se conoce á *la* legua que el amor de Clara, le aburre.

—Es cierto: y hasta me ha parecido verle muy entusiasmado con la hermanita.

—Cıara deberia casarlos y de ese modo echaria tierra á todas las faltas.

—Cómo! oldida V., querida mia, que esa niña ha sido una modista de portal?

—Bah! marquesas hay que antes han sido tenderas.

—No sabe V. además que se le dá un sobrenombre?

—Cuál?

—Le llaman la *virgen de las Lilas*.

— Es un sobrenombre bonito y poético; ya sabe V. que á la condesa D.... se le llama *La Chispa*.

—Es verdad, y me voy convenciendo de una cosa.

—Veamos qué cosa es esa.

—De que esa monuela se casará con un hermoso jóven de nuestra clase.

—¿Quién lo duda? el marqués es muy rico, sin hijos, y por vanidad dará un magnífico dote á la hermana de su mujer.

—Y si se casa con el conde de Torrenueva doblará las arras.

—Por qué?

—Porque algo ha de dar á la novia, si hace un buen esposo del amante de su mujer.

Las dos damas terminaron esta conversacion con una risa maliciosa, y doblaron la hoja para ocuparse de alguna otra vida agena.

(Se continuará.)

ESTANCIA EN CADIZ
DE
SS. MM. Y REAL FAMILIA.

Uno de los dias de la estancia en esta ciudad de S. M. la Reina era de luto, como aniversario del fallecimiento de su Sr. padre el rey D. Fernando sétimo. Consagró, por tanto, este dia á visitar iglesias y establecimientos de beneficencia. La catedral, los hospitales militar y civil, la iglesia de Capuchinos interesante por sus recuerdos artísticos, la magnífica casa de misericordia, el hospital de N.ª Sra. del Cármen, la casa de espósitos, fueron honrados con su augusta visita, mostrándose S. M. altamente satisfecha, no solo del estado en que encontró los establecimientos, sino de la entusiasta acojida que en todas partes halló. Al pasar por delante de la facultad de medicina, entró en ella, y la recorrió, no obstante, que, segun el programa del dia, no debia ser esperada allí.

Su recepcion en la casa de misericordia fué un acto tierno y conmovedor. Los niños y niñas entonaron un himno, música del acreditado profesor de de la casa el presbítero D. José del Valle, y al llegar SS. MM. al salon de descanso, un jóven acojido suplicó á la Reina en un breve discurso se dignase aceptar un álbum que contenia los nombres de cuantos allí reciben educacion y sustento, como muestra humilde de gratitud y amor á la madre de los pobres, á la que es en la tierra la providencia de aquellos desvalidos. S. M., visiblemente conmovida, se dignó aceptar el álbum, y en seguida un refresco que se le tenia preparado. Antes habia recorrido aquel grandioso edificio, y al despedirse manifestó su satisfaccion á la junta y gefe de la casa con esas benévolas y espresivas palabras que siempre brotan de sus augustos labios.

El inmenso gentío que ocupaba el establecimiento y sus avenidas prorumpió en estrepitosas aclamaciones, las cuales la siguieron en todo el tránsito hasta el hospital de mujeres.

Despues de haber visitado sus enfermerías, las señoras y señoritas de la Purísima Concepcion, que en aquel local se reunen, se presentaron á S. M., y una de ellas le leyó una poesía alusiva á la honra que recibian. Allí el entusiasmo rayó en frenesí. Todas la rodeaban, todas besaban sus manos, y todas con hachas encendidas, por caer ya la tarde, se dispusieron á acompañarla. S. M., henchida de alegría, no quiso tomar el carruaje, y atravesó á pié el trayecto que media entre el dicho hospital y la casa de expósitos. Aquello era indescriptible: era una verdadera marcha triunfal; el pueblo se agrupaba á su paso y obstruia su camino; vivas y bendiciones salian de todos los lábios, y S. M., como una madre entre sus hijos, no permitia que se impidiese á nadie el acercarse á su persona, el besar sus manos, el oprimirla, por decirlo así, con aquella tan sincera, tan cordial espansion del cariño de un pueblo entero: su rostro estaba radiante de felicidad, y sus palabras rebosaban amor.

Además de la junta provincial de beneficencia, que en todas partes habia recibido á SS. MM., se hallaban en la casa cuna las damas de la junta de expósitos y maternidad, quienes acompañaron á la real familia en la visita hecha á este establecimiento. De él quedó sumamente contenta S. M. y á ruegos de las expresadas damas, se dignó permitirles besasen su real mano.

El baile ofrecido á SS. MM., por el Excmo. ayuntamiento fué de lo mas bello, elegante y suntuoso que puede concebirse. Tuvo lugar en la magnífica casa, que mejor pudiera llamarse palacio, del Sr. de Mora; casa no estrenada aun por sus dueños. La parte de columnata del patio que mira á la calle del Duque de Tetuan, se habia cerrado con un tabique, delante del cual se elevaba el trono de terciopelo carmesí, oro y raso blanco. Detrás se formó un vestíbulo con ingreso por la puerta principal, la cual se reservó exclusivamente para SS. MM. y para su comitiva. A uno y otro lado de este vestíbulo estaban preparadas varias habitaciones de descanso, soberbiamente tapizadas y alhajadas, distinguiéndose entre ellas la de tocador para S. M. la Reina. El grandioso patio se habia convertido en salon al rededor del cual se situaron banquetas de damasco blanco. Riquisimas alfombras, magníficos espejos, candelabros colosales, arañas de un valor y gusto sorprendentes, todas las maravillas, en fin, del arte y de la industria se habian reunido allí para hacer aquella mansion digna de una Reina de España. Frente al trono, y entre los dos tramos de la hermosa escalera, se habia colocado un transparente rodeado de macetas de flores. La galería en que aquella termina, que es espaciosísima, se veia llena, así como el patio, por muchos centenares de elegantes damas ataviadas con ricas galas, las cuales ofrecian un admirable punto de vista entre las balaustradas de mármol, donde reflejaban millares y millares de luces. Cada uno de los salones y piezas de desahogo era una joya artística, compitiendo todos entre sí en riqueza y variedad de adornos. Aquel era en suma un palacio encantado.

La entrada general tenia lugar por la puerta de la calle de Murguía. El patio interior, que corresponde á esta parte del edificio, se hallaba iluminado todo él profusamente con vasos de colores, formando caprichosos dibujos, y en su centro se habia formado un pequeño y gracioso jardin, que sin obstruir en nada el paso sirviese de adorno. Al propio tiempo se dictaron las medidas convenientes para que la acumulacion de los carruajes y de las personas en una calle no de gran ampiitud, no ocasionase molestia á los concurrentes al baile ni peligros al público en general.

Mas de dos mil personas ocupaban sin ahogo aquel suntuoso edificio, cuando la marcha real anunció la llegada de SS. MM. que aqui como en todas partes fueron recibidas con entusiastas aclamaciones. Pocos momentos despues comenzó el baile, tomando parte en él las reales personas, las que antes visitaron toda la casa, deshaciéndose en encomios, que la comision habia merecido muy bien por su acierto, laboriosidad y buen gusto. SS. MM. se retiraron á una hora, avanzada, despues de haber pasado al buffet que se les tenia preparado, el cual, así como otro dispuesto en el piso bajo, sirvió mas tarde para los concurrentes.

Tambien se dignó S. M. honrar otro dia á la academia de bellas artes, distribuyendo por su mano los premios adjudicados en la exposicion de industria y artes recientemente verificada allí, así como á los alumnos que los habian obtenido en el último curso de la escuela especial. Como el acta, que segun costumbre ha de publicarse en breve, dará los pormenores de este grandioso acto, nosotros nos limitaremos aquí á manifestar que el hermoso salon de juntas públicas se hallaba bellísimamente decorado, ocupando el testero un extenso estrado, sobre el que se levantaba el trono. En ese estrado se sentaron los Sres. ministros, Excmos. Sres. Gobernador civil y Obispo de esta diócesis, alta servidumbre, Excmo. ayuntamiento, una comision de la Excma. diputacion provincial, la academia de bellas artes, y los Sres. jurados. El Excmo. Sr. ministro de fomento presidia la academia.

Terminado el acto entre innumerables vivas á la Reina, la augusta Sra. se dignó admitir un refresco que se la tenia dispuesto, y partió mostrándose altamente satisfecha de la academia, que tan bien comprende su mision, coadyuvando así á las benéficas miras de S. M. y de su supremo gobierno.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

Modas de caballeros.

1.º Trage de calle.—Sombrero de paja mezclada, de horma baja y borde plano.—Paletot azul, de forma Dorsey, con cuello muy bajo, la espalda sin costura en el medio, presentando en el talle un ancho medio de 15 centímetros, y prolongando este unos 8 centímetros próximamente; el faldon, de mediano largo, está unido por delante al cuerpo del paletot, y viene transversalmente al costado. Las costuras del hombro y de la espalda están pespunteadas de modo que formen un vivo saliente; la manga, ancha por arriba y por el codo, termina en una vuelta, en cuyo borde superior se repite el vivo arriba dicho. —Camisa de cuello recto.—Corbata clara. Guantes color de almáciga.—Pantalon ancho, de tela verde, con rayitas diagonales que cortan listas negras verticales.

2.º Trage de calle.—Sombrero de seda gris azulado, alto de horma y con bordes algo levantados por los lados.—Chaquet bronce, de cuello muy bajo, la solapa corta y estrecha, abotonado por delante con cuatro botones muy separados, el talle bien pronunciado, y que se prolonga de 7 á 8 centímetros, el faldon semi-largo, caido por delante, y que tiene bajo la cadera una gran cartera cuadrada.—Las mangas como las del figurin anterior.—Chaleco blanco.— Corbata violeta. — Camisa con cuello vuelto.—Guantes color gris rosado.—Pantalon ancho, de tela de capricho, con cuadritos color castaña y gris blanco.

3.º Trage de calle. Sombrero recto con borde plano —Redingot negro, con cuello muy bajo formando chal, el delantero adornado con cinco botones puestos cerca del borde. Al lado izquierdo del pecho hay una faltriquera, cuya abertura diagonal está cubierta con una carterilla, faldon de mediano largo y mediana amplitud, enteramente forrado, así como el cuerpo, de tela de seda lisa; manga ancha por arriba y por el codo, terminada en una vuelta baja.—Cheleco azul vivo con cuello recto, cuyo borde no ha de esceder del cuello del redingot; aquel vá ribeteado con galon negro no muy estrecho, y está cerrado con botones de metal cóncavos.—Corbata de cabos, de seda negra labrada.—Camisa con cuello recta.—*Guantes color gris rosado.—Pantalon ancho de* tela lisa color gris claro.

ADVERTENCIA.

Los señores corresponsales de Ultramar se servirán remitir á esta Empresa nota comprensiva de las nuevas suscriciones que hayan de servirse en el próximo año de 1863, para evitar que los nuevos suscritores sufran algun retraso en el recibo de nuestro periódico. —Asimismo se servirán remitir las respectivas liquidaciones correspondientes al año actual.

Solucion de la charada anterior.

ARGAMASILLA.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Los pedidos se dirigirán al Administrador
D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA.
Bomba n. 1.

GEROGLIFICO.

© Biblioteca Nacional de España

MODA ELEGANTE ILUSTRADA

© Biblioteca Nacional de España